

El nombre propio en la Antigüedad clásica

1. INTRODUCCIÓN

Los nombres propios constituyen un universal lingüístico. No existe ni ha existido nunca ninguna lengua que carezca de esta categoría ¹. Ya en la *Odisea* se dice que «no hay hombre ninguno en el mundo que nombre no tenga» (VIII, 552); y, aunque algunos autores antiguos hacen referencia a pueblos de individuos anónimos ², su existencia es, con toda probabilidad, legendaria ³. Sea o no cierto que estas razas pertenecen a la esfera mítica, se puede afirmar que los autores mencionados consideraban la ausencia de nombres propios como un síntoma de que las civilizaciones en cuestión se encontraban en una fase de desarrollo extremadamente primitiva. En efecto, incluso los miembros de grupos marginales dentro de determinadas sociedades tenían derecho a un nombre, aunque este perteneciera a un sistema onomástico diferente; es el caso de los esclavos, que formaban sus nombres a partir de los de sus amos, o de las mujeres en algunas culturas. El único caso de anonimato com-

1 En el siglo IV d. C., el gramático latino Servio afirmaba: «Nemo potest esse sine vocabulo» (1838-40).

2 Heródoto afirma (IV, 184): «Los atarantes son los únicos hombres conocidos que no tienen nombre, pues todo el pueblo se denomina Atarantes, pero nadie tiene nombre propio». Por su parte, Plinio asegura (V 45): «Atlantes degeneres sunt humani ritus, si credimus; nam neque nominum ullorum inter ipsos appellatio est» («Entre los Atlantes, si damos crédito [a lo que se cuenta de ellos], el comportamiento humano ha degenerado, pues entre ellos no se llaman por [ningún] nombre»).

3 Así lo demuestra el comentario de Plinio mencionado en la nota anterior: «si credimus».

pleto del que se tiene noticia es el que cita R. André⁴: un pueblo de Siberia, los «ostyak», no daba nombre a sus mujeres, a las que simplemente llamaban *imi* = «mujer». Resulta imposible comprobar la veracidad de esta información, pero, en todo caso, se trataría de un fenómeno aislado: los distintos grupos humanos parecen compartir la necesidad de imponer nombres propios a sus miembros, sea cual sea el sistema utilizado para su creación. Y no son las personas las únicas entidades designadas mediante un nombre: todo aquello que provoque el interés humano puede estar implicado en un acto de nombrar. En palabras de K. Bühler:

«A tales cosas les damos nombres propios; no sólo a cada persona, sino también a montañas y ríos, a muchos animales que nos rodean y con frecuencia a árboles y piedras; no hay que olvidar las estrellas que aparecen noche tras noche en el cielo, y sucesos históricos, que sólo pasaron una vez» (1934: 246).

Los nombres propios han sido estudiados desde tiempos remotos, y desde las más distintas perspectivas. De hecho, la onomástica ha sido considerada en muchas ocasiones como la madre de la lingüística europea. Este trabajo se centra en las reflexiones de que fue objeto el nombre propio durante uno de los periodos más fructíferos e influyentes de la historia del pensamiento occidental: la antigüedad clásica. Tal influencia es especialmente evidente en el campo de la Lingüística. Los conceptos acuñados por los filósofos y gramáticos greco-latinos pervivieron durante siglos, sin que nadie se atreviera a dudar de su veracidad. Como señala R. H. Robins:

«It was in the field of grammar that the Greek (and the Roman) world did its best work, with the most effective and lasting influence on the future. In this we not only see the purposeful and fruitful blending of later generations on their predecessors' results, but we know of authoritative books written on Greek and on Latin grammar, several of which are extant,

4 *Ethnographische Parallelen und Vergleiche*, Stuttgart 1878, p. 339. *Apud* Pulgram (1954: 5).

and the grammatical descriptions provided in them were maintained by a continuous tradition through the Middle Ages and the modern world to become the basis of the standard grammars of these languages today. Moreover the theories, categories, and terminology evolved by ancient scholars in relation to the grammar of their own languages have become part of the general grammatical equipment of descriptive linguists of our own day» (1980: 29).

El nombre propio no es una excepción: su concepción como categoría e incluso su denominación, su «nombre», son herencia de las gramáticas griegas y latinas. A continuación analizaré brevemente la etimología del término, para luego pasar revista a las principales aportaciones realizadas por Grecia y Roma al estudio del nombre propio.

2. EL TÉRMINO «NOMBRE PROPIO»

La denominación «nombre propio» tiene un origen muy antiguo y ha sufrido diversas transformaciones y traducciones hasta alcanzar su forma actual en las diferentes lenguas. A menudo esto ha provocado interpretaciones incorrectas, por lo que sería conveniente concretar ante todo qué se entiende por «nombre propio». El término procede del griego *ónoma kyrion*, que se oponía a *prosegoría* = «apelación» o «nombre común». El estoico Crisipo de Solos emplea simplemente *ónoma*, sin ninguna determinación, con el sentido de «nombre propio», mientras que los gramáticos posteriores utilizan el epíteto *kyrion*, con o sin *ónoma*, dando así a entender que la *prosegoría* es una especie de *ónoma*, pero no auténtico. Por último, Dionisio el Tracio precisa que *ónoma* puede usarse tanto en sentido general como individual, y emplea *kyrion* como atributo explicativo con el significado «propio».

La expresión *ónoma kyrion* fue traducida al latín como *nomen proprium*, término del que provienen todas las denominaciones modernas de esta categoría. Es precisamente el adjetivo latino *proprium* el responsable de la confusión reinante en épocas posteriores: su verdadero significado es, como el de *kyrion*, «nombre propiamente dicho», pero con frecuencia se ha

malinterpretado como «propio de un individuo»⁵. Al igual que los gramáticos griegos, los latinos utilizaban el término *nomen* sin determinar para referirse al nombre propio, y, como ocurría con el *ónoma* de Dionisio, *nomen* podía emplearse tanto en sentido general como individual. Esta unicidad se ve fielmente reflejada en nuestra lengua, en la que el término «nombre» abarca tanto la categoría de nombre propio como la de común. No ocurre lo mismo en inglés, por ejemplo, donde se establece una distinción entre *noun*, aplicable a toda palabra perteneciente a la categoría nominal, y *name*, que designa exclusivamente a los nombres propios.

En cuanto a la etimología del término, los intentos de establecer el origen de *ónoma* y sus equivalentes en las demás lenguas indoeuropeas han sido hasta el momento infructuosos. El primero en proponer una etimología fue Platón:

«Pues parece un nombre contracto a partir de una oración, la cual significa que *ónoma* es el «ser» (*ón*) sobre el que precisamente se investiga. Aunque lo reconocerías mejor en aquello que llamamos *onomastón* (nombrable): aquí significa abiertamente que ello es «el ser del que hay una investigación» (*òn hòu másmá estín*)» (*Crátilo*, 421a).

Es evidente que Platón sólo tuvo en cuenta el término griego pero, si comparamos las formas de las distintas lenguas indoeuropeas, el asunto se complica hasta tal punto que ninguna teoría ha logrado proporcionar una explicación satisfactoria que sea aplicable a todos los equivalentes⁶. Son tres las hipótesis que se han formulado para intentar resolver este problema⁷:

a) Un primer grupo de autores propugna la existencia de varias raíces diferentes para poder dar cuenta de todas las for-

5 «'Noun (or 'nominal'), properly speaking', the original sense of 'kurion onoma', later distorted in the mediaeval evolvment of the Dionysian tradition into the concept of 'individual' or 'special' name, a special (hence, marginal) subset of all names or nouns» (Shisha-Halevy, 1989: 42).

6 Sánscrito y antiguo persa *naman*, griego *ónoma*, latín *nomen*, tocario A *nom*, tocario B *nem*, hitita *la-a ma-an*, antiguo irlandés *ainm*, gótico *namo*, antiguo prusiano *emmens*, antiguo eslavo *ime*, albanés *émën*.

7 Ver Pulgram, 1954: 27-28.

mas conservadas. Es el caso de J. Schmidt, que propone al menos cuatro, lo que no parece muy plausible.

b) Otros sugieren que lo que parece una única raíz podría ser en realidad un compuesto de otras dos. Es la hipótesis de la que parte G. C. van Langenhove, según el cual el término está relacionado con dos raíces: una simple, que significa «designar» y sería el origen de *nomen*, *nâma* y *ónoma*; y otra compuesta, cuyo significado es «nacer» y de la que se derivarían términos tales como *gnosco*, **gnomen*, *cognomen* y *gígnomai*.

c) Una última teoría, defendida por F. Specht, pone en relación *ónoma* con el verbo griego *ónomai* = «injuriar», a partir del tabú que en algunas sociedades primitivas rodea a los nombres propios. Estos se mantienen en secreto, en la creencia de que su conocimiento por parte de otra persona le confiere un cierto poder sobre el portador del nombre⁸. Como consecuencia de ello, los nombres reales se sustituyen por otros falsos, los apodos⁹. Y, puesto que los apodos son con frecuencia despectivos, quedaría clara la conexión entre *ónoma* en el sentido de «apodo», y *ónomai*, si bien la derivación contraria, *ónoma* > *ónomai*, también es posible y quizá más probable (cf. «to call someone names»).

3. EL NOMBRE PROPIO EN GRECIA

Los nombres propios atrajeron el interés de los poetas griegos mucho antes de que los filósofos o los gramáticos se ocuparan de ellos. Como afirma D. Gambarara:

8 «Unable to discriminate clearly between words and things, the savage commonly fancies that the link between a name and the person or thing denominated by it is not a mere arbitrary and ideal association, but a real and substantial bond which unites the two in such a way that magic may be brought on a man just as easily through his name as through his hair, his nails, or any other material part of his person. [...] Many savages at the present day regard their names as vital parts of themselves, and therefore take great pains to conceal their real names, lest these should give to evil-disposed persons a handle by which to injure their owners» (Frazer 1922: 244).

9 «When it is deemed necessary that a man's real name should be kept secret, it is often customary, as we have seen, to call him by a surname or nickname» (Frazer, 1922: 247).

«Ce n'est pas sur le langage que les Grecs se posent d'abord des questions: en ce qui concerne ce qui va devenir le domaine de la grammaire, l'explication des noms (l'étymologie) constitue jusque vers 450 av. J. C. tout ce que l'historien peut retrouver» (1989: 81).

El hecho de que en la lengua griega los nombres sean «parlantes» fue sin duda el motivo principal de tal interés y la etimología llegó a convertirse en una técnica poética con entidad propia. En Homero la etimología era simplemente un recurso más a la disposición del poeta, pero ya en Hesíodo comienza a adquirir mayor complejidad, a la vez que se hace más frecuente su empleo y alcanza su punto culminante en la obra de los poetas órficos¹⁰. Posteriormente el interés por la etimología va declinando, aunque aún se percibe su influencia en la obra de Esquilo y, por supuesto, de Platón. G. Arrighetti describe así esta evolución.

Con Esiodo pare chiudersi un periodo di feconda creatività della riflessione etimologica; dopo, essa certo non muore, ma si avvia a imboccare due strade destinate a procedere separate, anche se non prive di punti di stretta vicinanza, quella di un sempre maggiore approfondimento in quanto strumento usato per affrontare anche grandi problemi ontologici e quella dell'artificio o abbellimento letterario; l'una sarà percorsa dai filosofi, l'altra dagli autori letterari» (1987: 35-36).

Dejando aparte estos «juegos» etimológicos, la primera obra conservada en la que se habla del lenguaje y, en concreto, de los nombres propios es uno de los diálogos de Platón, el *Crátilo*. Como es bien sabido, el tema de la obra es el origen del lenguaje y la relación que existe entre las palabras y su significado. Esta última cuestión da pie a la exposición de la controversia entre naturaleza (*physis*) y convención (*nómos*). Platón, por boca de Sócrates, defiende la existencia de dos tipos de nombres: los de aplicación convencional y los que indican

¹⁰ G. Arrighetti (1987), A. Bernabé (1992) y D. Gambarara (1989) analizan en detalle la utilización de la etimología como recurso literario en los poetas anteriores a los sofistas.

alguna característica del sujeto ¹¹. Al primer grupo pertenecen los que se transmiten de padres a hijos y los que implican un deseo por parte del que los impone (por ejemplo, *Theóphilos* = «protegido de los dioses»). Según Sócrates, estos nombres no son adecuados y hay que desechar su estudio (397b). Esta dicotomía refleja la polémica que dominó la filosofía griega desde sus primeros pasos: la teoría naturalista (la forma de las palabras está motivada por su significado) frente a la convencionalista (la forma de las palabras se establece por convención). Esta oposición, si bien ha sido desechada en otras áreas de la Lingüística, aún tiene vigencia por lo que respecta a los nombres propios: ¿los nombres hacen referencia a alguna característica de su portador o son simples etiquetas carentes de significado? Platón no adopta una postura definida, por lo que el problema queda sin resolver. Más adelante, Aristóteles, defensor a ultranza del convencionalismo, afirmaría:

«Un nombre es un sonido que posee un significado establecido por convención sin referencia alguna al tiempo, ninguna de cuyas partes posee significado alguno, considerada aparte del total. Tomemos como ejemplo el nombre propio “Buen-corcel”. “Corcel” carece de significado en sí mismo, como lo tendría en la expresión “un buen corcel”» (II).

En su diálogo, Platón lleva a cabo un análisis etimológico de distintos sustantivos (391d-421c) que podrían clasificarse en cinco categorías ¹², dos de las cuales son nombres propios: los nombres de héroes y de dioses que indican su naturaleza o función (por ejemplo, Orestes < *oreínós* = «montaraz»). Es preciso hacer notar que la mayor parte de las etimologías propuestas por Sócrates en su diálogo con Hermógenes son erróneas y adolecen de un exceso de fantasía; incluso llega a ofrecer varias para un solo nombre, como en el caso de «Apolo», para el que propone al menos cinco orígenes diferentes, lo que hace exclamar a su

11 Hay que recordar que Platón no establecía diferencia alguna entre nombres propios y comunes. Según Harris y Taylor, «Plato himself appears to recognize only two ‘parts of speech’. One is ‘names’ and the other is rhemata (usually translated as ‘verbs’ or ‘predicates’)» (1989: 3).

12 Ver Calvo, 1983: 344-345.

interlocutor: «¡Extraño nombre el que me dices!» (405a)¹³. Pero en algunas ocasiones la etimología es correcta, como ocurre con «Héctor», «Astianacte» o «Tántalo». Aunque el mismo Platón reconoce el carácter festivo de este juego etimológico¹⁴, no por ello dejan de ser relevantes sus comentarios, pues demuestran el interés que, desde muy antiguo, han sentido los hombres por desentrañar el significado de los nombres propios.

Finalmente cabe mencionar algunas observaciones interesantes contenidas en el *Crátilo*. Por una parte, Sócrates hace referencia a la sinonimia dentro de esta clase nominal¹⁵; por otra, enumera varios métodos de formación de nombres propios, tales como la adición o supresión de letras y los cambios de acento, mediante los cuales cualquier palabra o incluso un grupo de palabras pueden transformarse en un nombre propio¹⁶.

Tras este primer acercamiento a la categoría del nombre propio, esta comienza a ser analizada en las distintas gramáticas que se van sucediendo a lo largo de los siglos. No son muchas las aproximaciones a la cuestión propuestas por los gramáticos griegos; básicamente pueden distinguirse dos posturas:

a) Los nombres propios constituyen una subcategoría de la clase nominal.

b) Los nombres propios forman una categoría independiente.

Esta segunda perspectiva, la más innovadora y también la primera desde el punto de vista cronológico, es la defendida por la escuela estoica, concretamente por Crisipo de Solos (siglo III a. C.) y Diógenes de Babilonia (siglo II a. C.). Los

13 No hay que olvidar que estas etimologías se basan en la similitud entre significantes: «el hallazgo de un vínculo formal entre dos palabras de pronunciación parecida supone que existe asimismo un correlativo vínculo conceptual entre las realidades designadas por aquellas» (Bernabé, 1992: 28).

14 «Así pues, pregunta a otros por la sería, que nada me impide a mí disertar sobre la festiva, pues hasta los dioses gustan de bromear» (406c).

15 «Astyánax y Héctor no tienen ninguna letra en común, salvo la *t*, y, sin embargo, significan lo mismo» (394c).

16 «Por ejemplo, *Dii phílos* (protegido de Zeus): para que, en vez de locución, se nos convierta en nombre le quitamos una *i* y pronunciamos como grave, en vez de aguda, la sílaba central» (399b).

estoicos ampliaron el sistema tripartito de Aristóteles, que constaba de *ónoma* (nombre), *réma* (verbo) y *syndesmoi* (conjunción, artículo, pronombre y probablemente preposición), concediendo un *status* independiente al artículo-pronombre, la conjunción-preposición, el adverbio y el nombre propio. Esta última categoría surgió de la subdivisión del *ónoma* aristotélico en *prosegoría* (nombre común) y *ónoma* (nombre propio). Así Diógenes, en su obra *De la voz*, distingue cinco partes de la oración: nombre, apelación, verbo, conjunción y artículo. El nombre significa una cualidad individual, frente a la apelación, que indica una cualidad general¹⁷. Esta distinción establecida por los estoicos fue, al contrario que otras, abandonada por los gramáticos posteriores, quizá porque no se basaba en criterios morfológicos, sino semánticos.

La idea del nombre propio como subcategoría nominal encuentra su máxima expresión en la *Téchne grammatiké* de Dionisio el Tracio (siglo I a. C.). Esta obra ejerció tal influencia en todas las gramáticas occidentales que sus concepciones fueron consideradas definitivas durante mucho tiempo, prácticamente hasta nuestro siglo¹⁸. Para Dionisio el nombre (*ónoma*) es:

«Una parte del discurso declinable, que significa un objeto o un hecho, un objeto como «piedra», o un hecho como “educación”, utilizado de manera común o propia, de manera común como “hombre”, “caballo”, de manera propia como “Sócrates”» (634b).

Así pues, la única diferencia que el gramático griego establece entre nombres propios y comunes radica en su uso. La ausencia de criterios formales que sirvan para definir las diver-

17 *Apud* Diógenes Laercio: VII, 41.

18 «His work was supreme in the schools for thirteen centuries, and then gave way only to catechisms based on itself, which, in turn, provided the foundation of the grammars current after the revival of Greek learning. The early and medieval Latin grammars owed much to him. On them traditional English grammar has been modelled, and to this day there is scarcely a textbook on the subject that does not display evidence of its debt to Dionysius Thrax» (Forbes, 1933: 112). Por lo que respecta a los nombres propios, Algeo afirma: «The Dionysian approach has dominated onomastic study for well over two thousand years. Not until the last hundred years has it been seriously challenged» (1973: 3).

sas categorías gramaticales, si exceptuamos la distinción declinable / indeclinable, va unida a una falta casi total de referencias a sus propiedades sintácticas. Esta omisión en los estudios gramaticales de la antigua Grecia será subsanada por la *Sintaxis* de Apolonio Díscolo (s. II d. C.), quien, combinando su formación alejandrina con influencias estoicas, redefinirá las ocho categorías de Dionisio mediante nuevos datos semánticos y sintácticos. Por lo que respecta al nombre propio, Apolonio, además de dar cuenta de diferentes contrucciones típicas de la lengua griega (como, por ejemplo, adjetivo / participio + nombre propio, I, 107 y 110), menciona, por primera vez en la historia de la Lingüística, uno de los rasgos formales que con mayor frecuencia se ha utilizado para establecer una distinción entre nombres propios y comunes: el uso del artículo. En efecto, según Apolonio:

«Los nombres propios [...], debido a la propiedad que les es inherente, no requieren el artículo de la misma manera que los que tienen un sentido común; así, virtualmente, mediante el añadido del artículo los nombres comunes restringen su extensión genérica» (I, 112).

La importancia de la obra de Apolonio para la evolución gramatical del mundo antiguo sólo es equiparable a la de la *Téchne* de Dionisio. Tanto es así que Prisciano consideraba a su autor «*maximus auctor artis grammaticae*» (I, 1)¹⁹. De este comentario podemos deducir el alcance de la influencia que la gramática griega ejerció sobre la latina.

4. EL NOMBRE PROPIO EN ROMA

En los estudios gramaticales, como en tantas otras ramas del saber, Roma adoptó las categorías y la sistematización de los helenos. Por ello, su lingüística es, en su mayor parte, una aplicación del sistema griego al latín. La teoría de Dio-

¹⁹ García Gual, en el prefacio a la *Sintaxis*, afirma: «Sólo la *Téchne Grammatiké* de Dionisio de Tracia (siglo I a. C.) puede rivalizar en renombre con la *Sintaxis* de Apolonio, entre los escritos de los gramáticos griegos» (1987: 7).

nisio fue admitida sin cambios por todos los gramáticos romanos, con excepción de Varrón, el más original de los estudiosos latinos. Varrón (s. II a. C.) asimiló el pensamiento de estoicos y alejandrinos, pero sin aplicar ciegamente a su propia lengua las descripciones gramaticales griegas, lo que hace que su postura sea totalmente original e independiente²⁰. Su obra *De lingua Latina* contiene interesantísimas observaciones sobre la clase nominal en general y en particular sobre el nombre propio. En el libro VIII distingue cuatro subclases dentro de la categoría de nombre: *provocabula* (relativos), *vocabula* (nombres comunes y adjetivos), *nomina* (nombres propios) y *pronomina* (demostrativos). Estos cuatro tipos se ordenan en una escala de menor a mayor grado de definición, y todos ellos presentan variación de género, número y caso. Por primera vez aparece la noción de definición como rasgo diferenciador entre nombres propios y comunes: «Sequitur de nominibus, quae differunt a vocabulis ideo quod sunt finita ac significant res proprias, ut Paris Helena, cum vocabula sint infinita ac res communis designent, ut vir mulier»²¹. En el libro X el gramático vuelve a insistir en que la diferencia entre ambas categorías radica en su grado de definición y las compara con los dos tipos de artículo, aunque recuerda que muchos autores no distinguen los nombres propios de los comunes²².

20 «En L.L. 6, 2 confiesa abiertamente que va a seguir tanto a Crisipo de Solos y Antípater de Tarso (conspicuos representantes de la escuela estoica) como a Aristófanes de Bizancio y Apolodoro de Atenas (defensores de las enseñanzas gramaticales alejandrinas)» (Marcos Casquero, 1990: xxv).

21 «Viene a continuación lo referente a los nombres propios, que se diferencian de los nombres comunes en cuanto que son definidos y denotan conceptos determinados —como Paris, Helena—, mientras que los nombres comunes son indefinidos y denotan conceptos generales —como *vir* (hombre), *mulier* (mujer)—» (VIII, 80).

22 «Ut in articulis duae partes, finitae et infinitae, sic in nominatibus duae, vocabulum et nomen: non enim idem oppidum et Roma, cum oppidum sit vocabulum, Roma nomen, quorum discrimen in his reddendis rationibus alii discernunt, alii non» (X, 20). «Del mismo modo que en los artículos existen dos clases —determinado e indeterminado—, hay también dos tipos de nombres: común y propio. No es lo mismo *oppidum* (ciudad) que *Roma*, ya que *oppidum* es nombre común y *Roma* nombre propio. Hay quienes, en la explicación de las relaciones analógicas, tienen en cuenta esta distinción, mientras que otros no establecen tal diferencia».

Como Sócrates en el *Crátilo*, también Varrón analiza en su obra la etimología de diversos nombres propios²³: los topónimos proceden de antropónimos, bien sean los nombres de los fundadores o los habitantes del lugar en cuestión (V, 30-33); por el contrario, para los nombres de dioses sugiere etimologías relacionadas con sus atributos (V, 62-74), que en gran parte de los casos son de tipo folclórico y no guardan relación alguna con el verdadero origen de la palabra²⁴; pero, en general, afirma que todos los nombres propios pueden formarse a partir de otro nombre propio o de un nombre común²⁵. Otra idea novedosa es la inclusión del factor pragmático: la variedad existente en la onomástica latina (nombres de esclavos, de mujeres y de hombres libres; gentilicios y *praenomina*...) obedece a la combinación de tres factores: el uso, la naturaleza de la palabra y la analogía (IX, 59-61).

Después de Varrón el panorama de la gramática latina presenta una mínima o nula variedad. Los gramáticos se limitan a seguir al pie de la letra las doctrinas de Dionisio y Apolonio, y el nombre propio no es una excepción. Dos fueron los autores cuyas obras gozaron de mayor popularidad en los siglos posteriores: Donato (s. v) y Prisciano (s. vi). Tanto Donato en su *Ars Minor* como Prisciano en sus *Institutiones Grammaticae* consideran que la parte de la oración denominada *nomen* consta a su vez de dos subclases: *proprium* y *appellativum*. Donato define la oposición entre ambas: «nomen unius hominis, appellatio multorum» (II, 2)²⁶. En el mismo sentido, Pris-

23 «Los estudios etimológicos, en la cultura grecorromana, estaban entrañablemente ligados a la filosofía: el estudio del lenguaje llevaba aparejada la solución no sólo de problemas de índole lingüística, sino también de naturaleza ética y religiosa» (Marcos Casquero, 1990: xxiii).

24 Así ocurre, por ejemplo, con «Iuno» = «quod una iuvat cum Iove», o «Proserpina» = «quod haec ut serpens modo in dexteram sinisteram partem late moverunt», que en realidad procede del griego «Persephónē».

25 «Sunt alia nomina ab nominibus, ut Ilium ab Ilo et Iliā ab Ilio, alia a vocabulo, ut ab albo Albius, ab atro Atrius» (VIII, 80). «Algunos nombres propios derivan de otros nombres propios, como *Ilium* de *Ilus*, e *Iliā* de *Ilium*. Otros derivan de un nombre común, como *Albius* de *albus* (blanco) y *Atrius* de *ater* (negro)».

26 Servio, uno de los numerosos comentaristas de Donato, explica la aparente contradicción que supone la existencia del número plural en los nombres propios y del singular en los apelativos: «Illud etiam scire debemus, quia, si proprium est quod

ciano considera que los nombres propios indican una cualidad propia, mientras que los apelativos denotan una cualidad común²⁷, pero también establece otras dos diferencias semánticas entre los nombres propios y los comunes: *a*) los primeros designan entes únicos por naturaleza y los segundos por su uso (V, 52); y *b*) la sustancia del referente es indivisible en los nombres propios y divisible en los comunes (*insecabilis substantia / secabilis substantia*) (XI, 10).

Donato y Prisciano llevan a cabo un estudio exhaustivo de las distintas clases de nombres propios, lo que demuestra una vez más que, aunque considerado una subclase de la categoría nominal, el nombre propio mereció por parte de estos gramáticos un análisis detallado. Ambos distinguen cuatro *species* de nombres propios en latín: *praenomen*, *nomen*, *cognomen* y *agnomen*, que Servio define en su *Commentarius in artem Donati*; la más interesante es el *agnomen*, puesto que, aun siendo un nombre propio, tiene un claro significado, una motivación, lo que a menudo se ha considerado imposible en esta categoría nominal. Las palabras de Servio al respecto son claras: «agnomen est quod extrinsecus sumitur, vel a virtutibus, ut Africanus, vel a vitiis, ut Gurges Strabo» (1838-40)²⁸.

unius est, numerum tantum modo recipit singularem. Neque enim potest res unius in pluralitatem cadere. Nam quod propria nomina pluralitater declinantur, sciendum est non ab unius nomine procreatum numerum pluralem, sed multitudine nominum hoc facere. Rite enim dixit Virgilius Marios et Camillos, quoniam plures fuerunt. Appellativum autem nomen cum sit res multorum, recipit tamen et numerum singularem. In multis enim etiam unus tenetur» (*G.L.K.*, IV, p. 407, 1-7). («También debemos saber esto, que si el nombre propio es de uno solo, sólo puede admitir el número singular. En efecto, lo que es propio de uno solo no puede referirse a una pluralidad. Ahora bien, en cuanto a que los nombres propios se declinan en plural, hay que saber que el número plural no surge a partir del nombre de uno solo, sino que esto sucede a partir de una pluralidad de nombres. Y así, correctamente dijo Virgilio *Marios* y *Camillos*, porque fueron muchos [los *Marios* y los *Camillos*]. Ahora bien, el nombre apelativo, al ser algo que pertenece a muchos, recibe, por su parte, el número plural; y es que en los muchos entra también el uno»).

27 «Et communem quidem corporum qualitatem demonstrat, ut 'homo', propriam vero, ut 'Virgilius', rerum autem communem, ut 'disciplina', 'ars', propriam, ut 'arithmetica Nicomachi', 'grammatica Aristarchi'» (II, 22 [= *G.K.L.*, II, p. 57, 4-7]). («[El nombre] designa una cualidad común de los cuerpos, así *homo*; o una cualidad propia, así *Virgilius*; o una común de las cosas, así *disciplina*, *ars*; o una propia, así *arithmetica Nicomachi*, *grammatica Aristarchi*»).

28 «*Agnomen* es lo que se recibe desde el exterior, bien sea a partir de las virtudes o hechos gloriosos, como *Africanus*, bien a partir de los vicios, como *Gurges*

Las fronteras entre los cuatro tipos de nombre no son rígidas y se pasa de una a otra con cierta facilidad; así, Prisciano cita casos en los que un antiguo *agnomen* pasa, con el tiempo, a ser el *cognomen* de toda una familia²⁹. Es ésta una interesante observación que concuerda, por otra parte, con las numerosas teorías que sitúan el origen de los apellidos en antiguos apodos que hacían referencia a algún aspecto de la personalidad o apariencia de sus portadores³⁰. Es preciso aclarar que, contrariamente a las gramáticas actuales, tanto Donato como Prisciano consideran que los patronímicos y gentilicios son nombres propios; es natural, puesto que ambos formaban parte de los antropónimos latinos en mayor o menor medida. Por la misma razón, Prisciano contempla la existencia de adjetivos propios³¹.

Prisciano entiende como un hecho fortuito el que varios individuos compartan un mismo nombre, y afirma que este no

Strabo». En otro comentario sobre la gramática de Donato [Sergio], *Explanationes in artem Donati*, se explican los diferentes orígenes de los *agnomina*: «agnomina sumuntur ex moribus et laude, ut Metellus Creticus; Metellus enim Cretam subegit et Creticus dicitur[...]; ex moribus et vituperatione, ut Tarquinius Superbus [...]; ex fortuna, ut Crassus Dives [...]; ex eventu, ut Corvinus; a meritis, ut Torquatus: Manlius enim quandam Gallum fortissimum premerat, cuius torquem suo collo conectens Torquatus est dictus [...]; a natura, ut Dentatus: Curius enim dentatus natus est, ex hoc est dictus; a qualitate, ut Sapiens; a quantitate, ut Magnus (Graecus Hispanus); a loco, ut Caudinus Gabinus» (II, *G.K.L.*, p. 536). («Los *agnomina* se crean a partir de la manera de ser y del encomio [de una persona]; por ejemplo, *Metellus Creticus*: en efecto, Metelo sometió a Creta y [por eso] es llamado *Creticus* [...]; a partir de la manera de ser y la reprobación: así *Tarquinius Superbus* [...]; a partir de la fortuna: así *Crassus Dives* [...]; de un acontecimiento: así *Corvinus*; de sus méritos: así *Torquatus*; en efecto, Manlio había derrotado a un Galo valentísimo, y, al enlazar en su cuello el collar [= «torques»] del vencido, fue llamado *Torquatus* [...]; a partir de un rasgo natural: así *Dentatus*; en efecto, Curio nació con dientes, de donde recibió su nombre; a partir de una cualidad: así Sapiens; a partir de la envergadura, como *Magnus* (*Graecus Hispanus*); a partir del lugar: así *Caudinus Gabinus*»).

29 «Similiter et in aliis loco cognominis aliorum agnomina vel contra, ut 'Cicero', qui primus ab habitu faciei nominatus est, agnomen hoc habuit, familiae vero eius cognomen fuit. Similiter 'Caesar', 'Scipio'» (II, 24 [= *G.K.L.*, II, p. 58, 10-13]). («De igual manera, en algunas personas, en lugar del *cognomen*, [aparecen] los *agnomina* de otras, y a la inversa: como *Cicero*, que el primero fue llamado así por el aspecto de su rostro y tuvo Cicero como *agnomen*, pero [después] fue *cognomen* de su familia. Del mismo modo, *Caesar*, *Scipio*»).

30 Ver a este respecto Reaney, 1984: 218.

31 Por ejemplo, *Gradivus Mars*, *Ennosigaeus Neptunus* y *Quirinus Romulus* (II, 28).

indica ninguna cualidad común a todos ellos³². Podría deducirse entonces que los nombres propios carecen de significado, puesto que pueden aplicarse a cualquier referente, sean cuales sean sus características. Pero, al mismo tiempo, Prisciano parece entrever un cierto contenido semántico en ellos, que dependería del portador: así en «Virgilio» estarían incluidos los apelativos «hombre» y «poeta», mientras que lo contrario sólo sería cierto en los usos antonomásticos³³. En este mismo sentido apunta la clasificación de los nombres propios en las mismas *species* que los apelativos: *corporalia*, *incorporalia*, *homonyma*, *synonyma*. Para el gramático latino son homónimos los nombres idénticos que designan a personas diferentes y sinónimos los nombres diferentes que designan a una misma persona, es decir, su *praenomen*, *nomen*, *cognomen* y *agnomen*. Así pues, para Prisciano el referente del nombre propio es su significado³⁴.

Un último punto digno de mención es la regla que propone Prisciano para distinguir los nombres propios de los comunes; cuando existen dudas sobre la categoría a la que pertenece un nombre, como por ejemplo *terra*, se aplica la prueba del

32 «Proprium vero naturaliter uniuscuiusque privatam substantiam et qualitatem significat et in rebus est individuis, quas philosophi atomos vocant, ut 'Plato', 'Socrates'. Itaque caret communione naturali. Cum igitur evenit, ut multi eodem nomine proprio nuncupetur, fortitu et sola voce, non etiam intellectu communis alicuius substantiae vel qualitatis hoc fieri solet» (II, 25 [= *G.L.K.*, II, p. 58, 25-29, 4]). («Ahora bien, el [nombre] propio designa naturalmente la sustancia y la cualidad privada de cada uno, y se da en las cosas indivisibles, llamadas *átomos* por los filósofos, como *Plato*, *Socrates*; por eso carece de una asociación natural. Así pues, cuando se da el caso de que son muchos los que son designados con un mismo nombre, eso suele suceder por casualidad y sólo en la mera voz, no en el significado de una sustancia o cualidad común»).

33 «Et in proprio quidem etiam appellativa intellegi possunt, ut, si dicam 'Virgilius', intellegitur homo et poeta, in appellativis autem propria non intelleguntur, ut 'homo', 'vir', nisi per excellentiam loco proprii in quibusdam personis accipiantur, ut 'poeta' pro 'Virgilius' et 'urbs' pro 'Roma'» (II, 25 [= *G.L.K.*, II, p. 58, 25-59, 4]). («Y en el [nombre] propio pueden interpretarse también los apelativos, como es el caso si digo *Virgilius*: se interpreta tanto el hombre como el poeta; mientras que en los [nombres] apelativos del tipo *homo*, *vir*, no se interpretan los propios, a no ser que, por excelencia, en algunas personas se entiendan en vez de un [nombre] propio, como es el caso de *poeta* referido a *Virgilius* y de *Urbs* referido a *Roma*»).

34 También Servio contempla la existencia de nombres propios sinónimos, pero por distintos motivos: los ejemplos que propone son casos de declinación de un mismo nombre por el sistema latino y griego, fenómeno que produce dobles como *Achilleus* /*Achilles* o *Apollon* /*Apollo* (*G.L.K.*, IV, p. 429, 33-35).

plural: si se trata de la diosa carece de plural, y por tanto es propio; si, por el contrario, se trata de un apelativo, sí es posible el plural. No obstante, se dan casos de nombres propios con variación de número (*Gallias*, por ejemplo), fenómeno que Servio explica de la siguiente forma: el que un nombre propio aparezca en plural no indica que el referente sea plural, sino que se trata de más de un nombre³⁵. Es prácticamente la única ocasión en que las gramáticas de la antigüedad mencionan una característica formal para distinguir los nombres propios de los comunes³⁶. Por lo demás, ambas clases se comportan de igual forma; por ejemplo, tanto los nombres propios como los comunes pueden ser primitivos y derivados, y ser objeto de derivación mediante diversos sufijos, incluidos los diminutivos.

En definitiva, la descripción que Prisciano hace del nombre propio es heredera directa de la de Dionisio el Tracio y no tiene en cuenta las originales ideas de Varrón. Su mayor mérito estriba en que transmitió las concepciones griegas a la Edad Media y, a través de ésta, a nuestros días. En palabras de Robins:

«Priscian's work is more than the end of an era; it is also the bridge between antiquity and the Middle Ages in linguistic scholarship. By far the most widely used grammar, Priscian's *Institutiones grammaticae* ran into hundreds of manuscripts, and formed the basis of mediaeval Latin grammar and the foundation of mediaeval linguistic philosophy» (1980: 70).

5. CONCLUSIÓN

Resulta curioso que, habiendo sido el nombre propio objeto de cuidadosa atención por parte de gramáticos y lingüistas, filósofos y filólogos a lo largo de los siglos, hoy en día haya caído casi en el olvido lo que los pensadores de la antigüedad dijeron sobre él. Sus comentarios y apreciaciones no merecen tal desinterés, pues constituyen los cimientos sobre los cuales se

35 Ver nota 26.

36 Con excepción de los comentarios de Apolonio Díscolo sobre el uso del artículo mencionados anteriormente.

erigirían todas las teorías posteriores. Entre los autores reseñados encontramos de todo: aproximaciones atrevidas e innovadoras como las de los estoicos griegos o Varrón, y que por su audacia intelectual acabaron siendo únicamente un punto de referencia que daba paso a una senda incierta aunque sugestiva; o las de otros, como Prisciano y Donato, que buscaron el amparo seguro de predecesores consagrados como Dionisio y Diógenes, compensando su falta de atrevimiento u originalidad con la sensatez y el equilibrio por los que hoy en día son recordados.

MARÍA BARROS OCHOA
Naciones Unidas

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PRIMARIAS

- Apolonio Díscolo, *Sintaxis*. Madrid: Gredos, 1987. Trad. Vicente Bécares.
- Aristóteles, *De interpretatione*, en: *The Complete Works of Aristotle*, vol. I. Princeton (Nueva Jersey): Princeton University Press, 1985, pp. 25-38.
- Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres. Biógrafos griegos*. Madrid: Aguilar, 1973. Trads. Antonio Sanz Romanillos, José Ortiz y Sanz y José M. Riaño.
- Dionisio el Tracio, *Ars grammatica*, en: H. Keil (ed.), *Grammatici Graeci*, vol. I. Hildesheim: Georg Olms, 1979.
- Donato, *Ars grammatica*, en: H. Keil (ed.), *Grammatici Latini*, vol. IV. Hildesheim: Georg Olms, 1981.
- Heródoto, *Herodotus with an English Translation by A. E. Godley*, vol. II. Cambridge (Massachusetts): Harvard University Press, 1981.
- Homero, *Odisea*. Barcelona: Planeta, 1990. Trad. Fernando Gutiérrez.
- Platón, *Diálogos II: Gorgias, Menéxeno, Eutidemo, Menón, Crátilo*. Madrid: Gredos, 1983. Trad. J. L. Calvo.
- Plinio, *Natural History with an English Translation by H. Rackham*, vol. II. Cambridge (Massachusetts): Harvard University Press, 1989.
- Prisciano, *Institutiones Grammaticae*. En: H. Keil (ed.), *Grammatici Latini*, vol. II. Hildesheim: Georg Olms, 1981.
- [Sergio], *Explanationes in artem Donati*, en: H. Keil (ed.), *Grammatici Latini*, vol. IV. Hildesheim: Georg Olms, 1981.

- Servio, *Commentarius in artem Donati*, en: H. Keil (ed.), *Grammatici Latini*, vol. IV. Hildesheim: Georg Olms, 1981.
- Varrón, *De lingua Latina*. Madrid: Anthropos, 1990. Trad. Manuel-Antonio Marcos Casquero.

FUENTES SECUNDARIAS

- Algeo, John (1973), *On Defining the Proper Name*. Gainesville (Florida): University of Florida Press.
- Arrighetti, G. (1987), «Omero, Esiodo e le riflessioni sulla lingua», en: *Poeti, eruditi e biografì. Momenti delle riflessioni dei Greci sulla letteratura*. Pisa, pp. 13-36.
- Bernabé, Alberto (1992), «Una forma embrionaria de reflexión sobre el lenguaje: la etimología de nombres divinos en los órficos», *Revista Española de Lingüística*, 22 (1): 25-54.
- Bühler, Karl (1934), *Teoría del lenguaje*. Madrid: Alianza Editorial, 1979.
- Calvo, J. L. (1983), «Crátilo: Introducción», en: Platón, *Diálogos II: Gorgias, Menéxeno, Eutidemo, Menón, Crátilo*, pp. 341-361.
- Forbes, P. B. R. (1933), «Greek pioneers in philology and grammar», *The Classical Review*, 47 (3): 105-112.
- Frazer, James George (1922), *The Golden Bough: A Study in Magic and Religion* (Abridged Edition). Londres: Secker y Warburg.
- Gambarara, Daniele (1989), «L'origine des noms et du langage dans la Grèce ancienne», en: Sylvain Auroux (ed.), *Histoire des idées linguistiques. Tome I. La naissance des métalangages en Orient et en Occident*. Lieja: Pierre Mardaga, pp. 79-97.
- García Gual, Carlos (1987), «Prefacio», en: Apolonio Díscolo, *Sintaxis*, pp. 7-8.
- Harris, Roy - Taylor, Talbot J. (1989), *Landmarks in Linguistic Thought: The Western Tradition From Socrates to Saussure*. Londres: Routledge.
- Marcos Casquero, Manuel-Antonio (1990), «Estudio introductorio», en: Varrón, *De lingua Latina*, pp. VII-XXXVII.
- Pulgram, Ernst (1954), *Theory of Names*. Postdam (Nueva York): American Name Society.
- Reaney, P. H. (1984), *The Origin of English Surnames*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Robins, R. H. (1980), *A Short History of Linguistics*. Londres: Longman.
- Shisha-Halevy, Ariel (1989), *The Proper Name: Structural Prolegomena to Its Syntax - A Case Study in Coptic*. Viena: VWGÖ.

SUMARIO

La existencia del nombre propio en una lengua es síntoma del desarrollo natural de dicha lengua. El nombre propio ha sido motivo de estudio desde los tiempos más remotos y el presente trabajo se centra en las reflexiones de que fue objeto el mismo en la Antigüedad clásica; tema de especial interés si tenemos en cuenta que, en este campo, como en tantos otros, los conceptos acuñados por los filósofos y gramáticos greco-latinos pervivieron durante siglos. Ahora bien, llama la atención el hecho de que, a pesar de la pervivencia, en el tiempo, de la investigación en torno al nombre propio, en nuestros días casi ha caído en el olvido lo que los pensadores de la Antigüedad dijeron sobre él; circunstancia tanto más lamentable cuanto que la doctrina greco-latina en torno a dicho tema constituye la base sobre la que se han venido cimentando las teorías posteriores.

SUMMARY

The existence of proper nouns in a language is a symptom of the natural evolution of that language. Proper nouns have been a topic of study since the beginning of time and this paper focuses on how ancient scholars approached their study. This proves to be a particularly interesting topic for the simple reason that in this field, as in many others, the concepts that both Greek and Latin philosophers and grammaticians formulated have endured for ages. However, it is striking that, despite of the fact that proper nouns have been the object study throughout time, we nowadays seldom remember the postulates maintained by ancient scholars. This is a particularly unfortunate circumstance, since what they said constituted the foundation on which later theories were built.